

ANNA LIDIA VEGA SEROVA

Anima fatua

*bokeh* ✱

© Anna Lidia Vega Serova, 2018

© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2018

© Bokeh, 2018

Leiden, NEDERLAND

[www.bokehpress.com](http://www.bokehpress.com)

ISBN 978-94-91515-34-7

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

21.

El cuarto amor de mi vida se llamaba Olga; pero era un amor tan apacible, tan delicado y profundo, que sólo años después supe que era amor.

En Moscú tuvimos que dividirnos; Olga fue para el albergue del tecnológico al que aspiraba entrar, y yo busqué el de la Universidad, que resultó ser un espléndido edificio: todo una ciudad, con cafetería, biblioteca, piscina y cine dentro.

Llamé por teléfono a Ernesto, pero él no se mostró demasiado feliz al hablar conmigo; de hecho, rechazó mi propuesta de vernos inmediatamente. Eso no empañó mi ánimo rutilante. Llamé a Semión, el dueño del estudio donde había pasado la noche en compañía de los tenores, con la idea de contactar a Oleg y Vlad, pero nadie respondió al teléfono. Eso tampoco me deprimió para nada. Llamé a Tania, la conquista de Vlad, y una mujer de voz sumamente desagradable me comunicó que Tania no vivía ahí. Seguí firme con mi estado de entusiasmo embrionario.

Decidí explorar el edificio del albergue; había quedado en verme con Olga a las ocho de la noche en la estación de metro Tverskaya, cerca de varios teatros, con la intención de colarnos en alguno de ellos; pero aun tenía varias horas a mi entera disposición.

En la cafetería vendían piñas en conserva, algo que me emocionó hasta las lágrimas. Compré una ración, me senté en la mesa saboreando cada trocito de la fruta semiolvidada, cerré los ojos para reconocerla únicamente con el paladar y olfato: Cuba...

—Nunca he visto a nadie comer piñas con tanto placer —dijo una voz a mi lado rompiendo el hechizo.

Miré al dueño de la voz y di con un muchacho que sonreía ampliamente. De todo mi arsenal de miradas fulminantes elegí la más glacial para echársela. Dejé las frutas que habían perdido

todo el encanto, me levanté, esquivé al tipo y comencé a bajar las escaleras.

—¡Alfa! —me detuvo un grito que reconocí al instante.

Me había olvidado por completo de la existencia de Liuba después del embarque que me dio con la visita al Bolshói, pero resumí inmediatamente que estudiaba Psicología en la misma Universidad a la que yo pretendía entrar y, por lo tanto, vivía en el mismo albergue.

—Hola —saludó radiante—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy bajando las escaleras...

Se rió como de una broma extremadamente graciosa.

—Tú no cambias, querida Alfa. ¿Vienes a hacer las pruebas de ingreso? Esta noche hay una fiesta en mi cuarto, te va a encantar, van a estar dos cubanos, un muchacho de la India con la novia ucraniana, mis compañeras del cuarto (una búlgara y una mongola) y no sé quién más. ¿Qué aspiras a estudiar? Seguro que pasarás las pruebas, eres el colmo de la inteligencia. Recuerda, a las ocho, noveno piso, habitación cuatro B. Me voy, me están esperando, te dejo con tus escaleras...

Todavía le dio tiempo a estamparme un sonoro beso en la mejilla, y desapareció corriendo. Comencé a calcular de qué manera podría ir a la fiesta sin afectar a Olga. Tenía muchas ganas de ir: iban a estar *dos cubanos*.

Mientras más tiempo pasaba, más me convencía de que no había nada grave en simplemente dejar de encontrarme con ella y a la mañana siguiente buscarla en su albergue y explicarle las cosas, o mejor, inventar alguna excusa de peso, una crisis de migraña, por ejemplo, o un asalto o una violación. Me imaginé el cuento de la violación, me resultó tan verosímil que por poco lloro, pero preferí de todos modos el dolor de cabeza, guardándome el otro para un caso futuro.

A las ocho en punto estaba tocando en la puerta de la habitación cuatro B del noveno piso, detrás de la que se escuchaba

a todo volumen la voz de Vysotski rogándole a los caballos que no apurasen el paso.

23.

Antes de despertar advierte que en la mitad derecha del cráneo hay un ejército de enanitos cavando con picos y palas en busca de algún tesoro o tal vez alguna idea. Abre los ojos de modo desigual: los párpados del derecho no obedecen en absoluto, mientras que el izquierdo puede observar una oreja inverosímil delante. Se concentra para asegurarse de que la oreja existe, perteneciente a una cabeza igualmente inverosímil. La cabeza, por su parte, es sólo un segmento de un cuerpo tapado a medias con una sábana sorprendentemente blanca, que descansa sobre una cama en una habitación desconocida. Intenta levantarse, pero es imposible: con el primer ensayo la habitación comienza a girar, delirante, y los enanitos bajo el cráneo aceleran su tarea. Una arqueada sube desde el estómago, y cuesta trabajo detenerla en la garganta. El hombre inverosímil se mueve, saca un brazo desde bajo la sábana, y se lo tira encima. El brazo, al igual que la cabeza con oreja y todo, es negro. No carmelita ni pardo ni castaño ni marrón. Negro. Con determinados matices azulosos. Entonces, de un solo golpe ciertas imágenes llenan la mitad izquierda del cerebro de modo fracturado. El cuarto de Liuba flotando en humo, personas desconocidas hablando demasiado alto para poder escucharse por encima de la música ensordecedora, vasos de vodka que se rellenan continuamente; Liuba, por momentos, sonriendo, presentándole a sus amigos, sirviendo tragos, las luces palpitando, girando, caras, Liuba anunciando a los recién llegados: cubanos, los cubanos riendo y charlando en un ruso maltrecho, el vodka quemando la garganta y subiendo en ondas de fuego desde el estómago, varias parejas bailando, otras besándose por los rincones, uno de los cubanos muy cerca, abrazándola,

sacándola a bailar, abrazándola, apretando su cuerpo contra el suyo al compás de la música, abrazándola, conduciéndola por pasillos y escaleras, abrazándola.

Más o menos deduce el resto, no lo recuerda, pero resulta evidente. Lo único que desea realmente es salir de ahí antes de que el sujeto se despierte. Hace otra gestión desesperada por levantarse, lo logra con dificultad, se viste casi a ciegas, y aguantándose de las paredes llega a su cuarto.

No entró a estudiar periodismo; en realidad no le importaba, ni siquiera se presentó al último examen. Estuvo todo el tiempo festeando, bebiendo, bailando, bañándose en la piscina y viendo películas. Volvió a encontrarse con el cubano una y otra vez hasta que él se fue de vacaciones a su país; no porque le gustara, en realidad no le atraía su olor ni su forma de poseerla, tan efusiva, ni el aire de virilidad intemperante, ni su desdeñosa manera de tratarla; simplemente, era cubano.

Al segundo o tercer día de su llegada, quiso ver a Olga, disculparse, contarle sus aventuras, hacerla partícipe de alguna forma; la buscó y no la encontró, nadie sabía nada; al parecer, había regresado a casa. Por un instante sintió remordimientos, pero rápidamente olvidó el asunto, no tenía ganas de sentirse mal cuando se sentía tan bien.

Pero llegó el momento en que le anunciaron que debía abandonar el albergue sin demoras. Acudió a Liuba y Liuba se encogió de hombros: «¿Qué quieres que haga?». Llamó a Ernesto y Ernesto muy delicadamente explicó que tenía suficientes problemas propios. Marcó el número de Semión mil veces seguidas, pero sólo escuchó timbres enloquecedores. Tomó la maleta y salió para la terminal. Las luces de la ciudad vibraban más seductoramente que nunca, era insoportable la idea de tener que marcharse, sencillamente imposible. El tren partía a las ocho de la mañana siguiente, y pasó la madrugada marcando una y otra vez el teléfono de Semión, una y otra vez en vano. Al amanecer, cuando ya no quedaba ni sombra de esperanzas, Semión contestó.

24.

Semión abre la puerta del estudio y pronuncia de manera teatral:

–He aquí sus aposentos, lady.

Entro arrastrando la maleta que pesa una tonelada y me siento en el piso.

–Esto, por supuesto, es temporal –explica él–. Yo te conseguiré trabajo y casa, no te faltará nada, soy un hombre de contactos, confía en mí.

Lo miro con atención. Es pequeño y delgado, trae parte del pelo de la nuca peinado hacia adelante tapando una calvicie prominente, enormes bigotes en forma de brocha que cubren ambos labios y unos inquietos ojitos de cucaracha.

–Estaré bien –aseguro.

Mientras Semión busca algo de comer, decido explorar lo que será mi hogar. Aparte de la habitación que es el estudio en sí, con los ya conocidos cuadros eróticos y absolutamente carente de muebles, hallo un minúsculo baño con taza y lavamanos del que sale únicamente agua fría, y un closet repleto de cualquier cantidad de tarecos. Para comenzar, tomo del closet una escoba bastante deteriorada, y barro el polvo acumulado posiblemente desde que se inauguró el edificio. Luego, con una manta y varios lienzos armo una especie de sofá-cama, y un caballete lo convierto en ropero colgándole tres o cuatro vestidos que saco de la maleta. Un último toque lo dan mis libros, de los que no me desprendo jamás: *El arco del triunfo* de Remarck, la selección de poesía de Tsvetáeva y *Las velas rojas*, que acomodo sobre una caja de zapatos vacía.

El resto del día lo paso soñando acostada en mi lecho improvisado, escribiendo poemas exaltados o reacomodando

el decorado de mil maneras. Semión me deja unos bocaditos, un poco de dinero para cualquier emergencia, la llave, y promete visitarme con montones de amigos que me van a resolver todo tipo de problemas. La vida centellea al alcance de la mano, mañana quizá ya estaré viviendo intensamente, viviendo de verdad, pienso.

Pero se suceden las horas, los días y no pasa nada, o casi nada. Oleg anda de gira por el país, Semión me trae pan, salchichas y kefir, dos o tres veces vienen Vlad y Tania, que viven juntos, aunque Tania se queja todo el tiempo de que Vlad bebe todo el tiempo y Vlad se queja todo el tiempo de que Tania se queja todo el tiempo, dos o tres veces salgo con ellos a dar una vuelta, vemos el vernissage en el hipódromo, comemos shashlik en una fonda georgiana, pasamos por casa de un personaje misterioso llamado Alexey que casi nunca sale de su casa y resuelve todos sus asuntos por teléfono, pero yo siento que me encuentro en un punto muerto y de ahí no me muevo, aunque no tengo una idea clara de lo que deseo realmente.

Como a la semana de mudarme para el estudio de Semión, surge mi primera discusión con él. Habíamos ido a casa de un amigo suyo que dirigía un club, y este me aseguró que trabajaría con él de no sé que cosa y por la plantilla de limpiapisos. El director del club me llamaba invariablemente «conejita», me tomaba de la mano y me miraba a los ojos de manera muy insistente. Le hablé a Tania sobre él, y ella me dijo que se trataba de cosas oscuras, que tuviera mucho cuidado y por nada del mundo aceptara la propuesta de trabajo. Me contó que Semión era esquizofrénico, que no se le podía hacer ningún caso, y que buscara irme lo más pronto posible de su estudio. «¿Para dónde?», pregunté con toda la ingenuidad del mundo...

De todas formas intento conversar con Semión.

—Sabes —digo—, estoy algo confundida... ¿Cuánto tiempo más piensas que debo estar metida en este nido de ratas?

Él abre todo lo que puede sus ojitos de cucaracha y comienza a gritar.

—¡Todas las mujeres son estúpidas! ¡Todas las mujeres son mercantiles! ¡No valoran al ser humano! ¡Malagradecidas! ¡Vacías!

Es un tipo realmente raro, ese Semión. Para no quedarme muy atrás, le grito también: que me había mentido, que había prometido villas y castillos y al final llevaba no sé cuanto alimentándome de porquerías, sin bañarme, sin un centavo y durmiendo en el piso. Nos gritamos durante un rato, y Semión acaba sin razón alguna encima de mí tocándome, acariciándome, besándome con una urgencia incontrolable.

Esa noche me lleva a un restaurante (de los más maluchos, por supuesto), donde al fin puedo comer algo caliente. Comemos, bebemos, y él recita poemas suyos en los que «el alba se parte en pájaros rojos» y «la blanquísima mano de la providencia muerta...», etcétera. Toda la comida queda colgando de sus bigotes, y sus ojos inquietos se tornan caramelosos cuando me miran. Definitivamente, debo buscar donde irme.

Al día siguiente, paso por el albergue de la Universidad a ver a Liuba, contarle que sigo en Moscú a pesar de los pesares, y ella de muy mala gana me da el teléfono de una conocida suya con la que durante un tiempo practicó paracaidismo.

—No te ilusiones, Alfa, no es seguro que Yulia te ayude, es una muchacha nerviosa, hipocondríaca, venática, aunque sensible, creo que ama a los animales o algo así; ojalá tengas suerte y no dejes de visitarme para que me cuentes cómo te van las cosas...

24.

Semi3n era un hombre peque1o de pene peque1o y grandes pretensiones. Pretendía ser pintor famoso y poeta ilustre, seguir casado con una gorda y tranquila mujer que usaba rulos de noche y sortijas de día, tener dos o tres amantes jóvenes (yo entre ellas), viajar a Crimea en verano y dar entrevistas por la televisión. Ensayaba sus entrevistas conmigo, se sentaba frente a mí y escupía largas tiras de palabras. Yo lo observaba, mientras las tiras de palabras que salían de su boca se enredaban alrededor de mi cuello y me impedían respirar. Entonces las rompía de un tir3n con alguna frase que le hacía perder todo el aplomo: «Eres un pepino», por ejemplo, o «¿Quieres bailar?». El efecto de las frases era tan fulminante que las usé luego durante mucho tiempo con otras personas. A Semi3n lo hacían saltar de rabia y gritarme ofensas. El único modo de que se calmara entonces era haciendo el amor. Yo no era cuando aquello muy buena haciendo el amor, tenía poca experiencia y no lo disfrutaba en lo más mínimo. Pero la mayoría de los hombres con los que me acosté cuando aquello no eran demasiado exigentes. Semi3n no era exigente. Tal vez, su gorda y tranquila mujer era peor que yo, o lo disfrutaba menos (que es difícil de imaginar); en cualquier caso, cuando le dije al fin que me iba de su cochino taller y no quería volver a verlo jamás, me gritó como nunca antes, y lo dejé así, gritando; tomé la maleta y me marché a casa de Yulia, que aceptó generosamente albergarme por un tiempo.